

Cien años de municipalismo internacional

Bajo el evocador título "El arte de construir ciudades y de organizar la vida en la comunidad", la Exposición Universal de 1913, celebrada en Gante, acogía el congreso fundacional de la Unión Internacional de Ciudades (UIV, en sus siglas en francés). La nueva organización, innovadora en sus principios de *"promover la cooperación intercomunitaria en nombre de la democracia y un acuerdo de paz en la construcción y administración de las ciudades"*, fijaba su sede en Bruselas.

La elección de la capital belga no resultó afortunada: menos de un año después, en 1914, estalló la I Guerra Mundial. Bélgica fue invadida, buena parte de los socios fundadores de la Unión se refugiaron en Francia y la propia UIV quedó acogida provisionalmente en La Haya, en la sede de la VNG, la Asociación de Municipios de los Países Bajos.

Finalizada la guerra, los promotores volvieron a reunirse y acordaron convocar un nuevo encuentro en París. Fue en 1922, precisamente un año antes de que la cooperación intermunicipal se incorporase, por primera vez, a la agenda de la IV Asamblea de la Sociedad de Naciones.

Al II Congreso de UIV, celebrado en Amsterdam, en 1925, ya acudieron 75 delegados de 16 países, todos ellos europeos –entre los que no se encontraba España–; pudo decidirse sobre un texto fundacional y se eligió Presidente y Secretario General. La Unión empezaba su andadura y un año después agrupaba a 52.000 ciudades de 30 países de Europa y América. Años prósperos en los que los congresos se celebraron de manera regular y en los que la UIV cambió su nombre por el de Unión Internacional de Autoridades Locales, IULA, la denominación con la que se consolidaría durante casi 80 años más. Fue en 1928. Entonces las ciudades españolas ya tenían su sitio en IULA y fueron dos, Sevilla y Barcelona, las que en 1929 acogieron el IV Congreso en el que se analizó –ya entonces– la situación financiera de las Entidades Locales, las empresas de naturaleza económica y la expropiación de tierras para servicios públicos.

Los años siguientes discurrieron con normalidad, la organización continuó su implantación más allá de Europa y América y hasta llegó a celebrar uno de sus congresos en la Alemania de 1936, bajo dominio nazi.

Y de nuevo, una Guerra Mundial marcó otro punto de inflexión en 1939. Esta vez fue la asociación belga quien mantuvo latente la organización y vivo el trabajo investigador. Finalizada la contienda, George Montagu Harris, funcionario español y Presidente de IULA, anunciaba como objetivo principal del movimiento municipalista *"el cultivo de la amistad entre los pueblos"*. Actuaciones como los hermanamientos llamaban también a la reconciliación entre vecinos.

En los años siguientes IULA continúa su implantación y surgen nuevas organizaciones municipalistas internacionales, como la Federación Mundial de Ciudades Unidas (FMCU), en la que se integran las ciudades hermanadas. El papel como impulsores de la paz y la conciliación tras las dos guerras mundiales es uno de los mayores reconocimientos con que cuentan las asociaciones de municipios, al que se suma su mérito a la hora de tejer lazos globales que apoyaron en las décadas siguientes el proceso de apertura que culminó con la caída del muro de Berlín.

En los años 50 y 60 ambas organizaciones, IULA y FMCU, evolucionan de forma paralela y precisamente la segunda llegaría a tener, entre 1981 y 1984 un Presidente español: el Alcalde de Madrid, Enrique Tierno Galván. Una tercera organización, Metrópolis, inicia su andadura en 1984.

Todas ellas establecen lazos de colaboración, aunque funcionan de manera independiente y con objetivos distintos. Ya en la década de los noventa empiezan a celebrar eventos y congresos conjuntos. En 2004, en París, se unen para formar la Organización Mundial Ciudades y Gobiernos Locales Unidos, CGLU, en el marco de mayor encuentro de Alcaldes, Concejales y representantes de Gobiernos Locales y regionales del mundo.

